<u>EL REGRESO</u>

por Rodrigo Alsuna

Pre: ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué pretnedían aquellos hombres que parecían presentarse como viejos conocidos y que impertérritos y con voz opaca se limitaban a decir: «somos nosotros»?

Paula disminuyó el volumen de la televisión al oír unos golpes en la puerta del porche. ¿No funcionaba el timbre? Abandonando su labor de punto salió al vestíbulo. Dos sombras se reflejaban en el cristal de la ventana aneja de la puerta. Dudó un momento y en seguida descorrió el pestillo: los dos hombres la miraron a los ojos de una forma que le resultó dolorosa. Nadie habló durante unos segundos.

–Mi marido no ha llegado todavía –dijo ella finalmente a sabiendas de que era lo único que no le convenía declarar.

–Somos nosotros –repuso uno de ellos con voz opaca sin dejar de mirarla.

–Yo... lo siento –adujo confusa–. Mi marido...

–Somos nosotros –repitió el que había hablado antes, y levantando la mano derecha la hizo girar de forma que quedó a la altura del rostro de Paula. Algo brillaba en el centro de la palma, algo más fúlgido que un diamante y tan brillante como una estrella. Paula se sintió desfallecer cuando aquel frío resplandor penetró por sus ojos.

–Somos nosotros.

–Mi marido... estoy sola –balbuceó. Y dando un paso atrás cerró lentamente la puerta. Tuvo que apoyarse en ella un momento para no caer desvanecida.

–Somos nosotros –creyó oír una vez más a través de la madera.

Cuando Germán regresó una hora más tarde, ella le narró la visita de los desconocidos. El rostro de su esposo se fue ensombreciendo a medida que avanzaba el relato.

–¿Qué querían? –preguntó con voz ahogada.

–No lo sé; les dije que tú no estabas.

–¿Preguntaron por mí?

–No... no exactamente –explicó Paula–. Les dije que tú no habías llegado porque me pareció que te buscaban.

–¿Te pareció...?

–No lo sé –declaró ella confusa–. Se limitaron a decir: «Somos nosotros», como si se tratara de viejos conocidos. Yo pensé que podrían ser amigos tuyos.

–¿Amigos míos? –dijo él para sí.

–Uno de ellos me mostró la palma de su mano. Había algo incrustado en ella que me dió miedo. Algo que brillaba como un diamante, una luz...

–La noche era muy oscura –manifestó él con un hilo de voz y palideciendo ostensiblemente–. Quizá fuera una linterna.

–No era una linterna. Era algo que brillaba sin iluminar, un resplandor que penetró hasta mis huesos. ¿Los conoces? –preguntó mirando fijamente a su esposo. Este permaneció silencioso y se llevó a los labios el vaso de whisky.

–No puedo saberlo. No los he visto.
Germán adujo que no tenía apetito y se limitó a tomar un vaso de leche. Al filo de las doce se fueron a la cama, y Paula pensó que había dado demasiada importancia a lo que seguramente era una equivocación. Se durmió intentando creer que lo que había visto en la mano de uno de aquellos individuos era una linterna, o quizá una chapa en la que se había reflejado la luz del vestíbulo. La seriedad de la pareja podía hacer pensar que se trataba de agentes de policía.
Se despertó en el transcurso de la noche y contempló un momento a Germán que dormía apaciblemente. Las cortinas habían quedado descorridas, y durante el tiempo en que permaneció en vela, una estrella muy luminosa, quizás el lucero del alba, apareció en un extremo de la ventana y fue moviéndose lentamente contra la negrura del cielo nocturno. En cierto momento Germán se revolvió inquieto y murmuró unas palabras que Paula no pudo entender.
–¿Duermes? –preguntó en voz baja.
Germán volvió a agitarse en el lecho. Abrió los ojos de la forma en que a veces lo hace una persona que sin embargo continúa dormida, y de sus labios escapó una exclamación:
–¡No! –gritó, y acto seguido comenzó a hablar agitadamente con voz gutural en un a lengua que Paula no conocía, pero cuyas inflexiones le causaron pavor. Cuando Germán volvió a quedarse dormido, ella miró hacia la ventana: la estrella había recorrido todo el espacio visible a través del cristal y se ocultaba tras el marco metálico.

–Anoche hablabas en voz alta –dijo ella mientras le servía el desayuno.
–¿Y qué dije?
–No lo pude entender. Parecía una pesadilla y estabas asustado.
–Nada de particular –añadió él escondiendo el rostro tras la taza de café.
–¿Si vuelven los de anoche? –preguntó Paula.
–No volverán, por lo menos durante el día –sentenció sombrío.
–Puedo decirles que has salido de viaje.
Germán denegó con la cabeza y alegó:
–No serviría de nada.
–Dime, ¿son policías? ¿Ha pasado algo que yo deba saber?
–Ya te dije que no los he visto, en consecuencia no sé de quién se trata –repuso con cierta brusquedad.

Mientras efectuaba las labores de la limpieza, Paula tuvo la impresión de que alguien la vigilaba. Al asomarse para tender unas prendas de ropa, observó la calle detenidamente y prestó especial atención a los coches aparcados en los alrededores, pero no pudo ver a nadie. A media mañana sonó el teléfono.
–¿Diga? –preguntó junto al micrófono. Hubo una pausa y se oyeron unos chasquidos, después alguien respondió desde el otro lado del hilo.
–¿Quién es? –preguntó Paula alterada–. ¿Quién es?
–«Somos nosotros» –repitió el anónimo comunicante.
Paula colgó el aparato con brusquedad. No bien lo había hecho cuando sonó nuevamente.
–¡Qué es lo que quieren! –gritó.
–«¿Paula?»
–Oh, eres tú –dijo aliviada.
–¿Quién querías que fuera?

–Acaban de llamar los de anoche –manifestó con agitación–. Sólo repiten: Somos nosotros, somos nosotros. Por el amor de Dios, ¿quienes son?
–Te repito que no lo sé. Ya se aburrirán... Escucha –pareció que vacilaba un momento. Esta noche tengo trabajo.
–¿Trabajo? ¿Hasta qué hora?
–Tenemos que hacer el balance. Es posible que dure hasta la madrugada.
Paula tuvo la impresión de que su marido estaba mintiendo.
–¿En el mes de octubre?
–Seguramente pasaré la noche en la oficina, así que no me esperes –repuso él, haciendo caso omiso de su pregunta.
–¿Y si vuelven?
–No volverán. En todo caso no abras la puerta a nadie.
–Pero...
–Lo siento –manifestó él–, no puedo continuar hablando ahora. Tengo que colgar.

Apenas había oscurecido, cuando Paula echó la llave a la puerta y recorrió cuidadosamente toda la casa para asegurarse de que ninguna ventana había quedado abierta. Cenó frugalmente y llamó por teléfono a algunas amigas con la intención de tener un rato de charla, pero sólo una respondió a su llamada y su conversación era tan insulsa que prefirió no dilatar mucho el coloquio.
Hojeando el periódico advirtió que en la televisión pasaban una película que era de su gusto, y entrando en la cocina se dispuso a fregar la escasa vajilla a fin de disfrutar de la proyección sin ningún tipo de remordimientos ni inquietudes.
Estaba colocando una fuente en el escurreplatos, cuando le pareció que había oído un susurro. Volviendo bruscamente la cabeza prestó atención procurando hacer el menor ruido. Apenas había retornado a su tarea cuando escuchó de nuevo el murmullo que parecía provenir de las proximidades del fregadero.
Se acercó lentamente a las pilas y pasó la mano por su superficie enjugando mecánicamente unas gotas de agua. De pronto, permaneció petrificada. A través de los grifos llegaba hasta sus oídos una voz apagada que musitaba lentamente: «Somos nosotros, somos nosotros.» Aproximó una mano temblorosa a las tuberías y permitió que el agua saliera a chorro. La voz quedó ahogada por el borbotón líquido.
Al cabo de un rato tuvo que reducir el volumen, porque el desagüe no era capaz de dejar escapar aquel caudal con la necesaria rapidez, y el nivel del agua llegaba ya casi al borde de las pilas. Cuando interrumpió completamente la salida del líquido, en la cocina no se oyó nada más que el vibrar del frigorífico y algún ocasional chasquido procedente de las pinzas que el aire movía en las cuerdas del tendedero. Paula se sentó en un taburete y se pasó una mano por la frente como para borrar un mal recuerdo. Con toda seguridad su mente le había jugado una mala pasada.
Acudió al comedor al oír el timbre del teléfono, pero una vez junto al aparato prefirió no responder. Probablemente sería la extraña pareja, que pretendía asustarla.
A fin de ahogar el sonido del teléfono conectó la radio, y, levantándose de nuevo, tomó una fotografía enmarcada en la que aparecían Germán y ella cuando todavía eran novios. Al observarla consideró cuán ingrata es la naturaleza con la mujer: cuando el hombre se hace mayor y sus sienes se platean empieza a ser considerado «interesante», en cambio la mujer, por regla general, se aja mucho antes y deja de competir en la carrera de los sexos, pasividad a la que contribuye el estado en el

que el hombre la ha situado. Pero lo que había dado pie a semejantes reflexiones era la contemplación de la fotografía. Nunca hasta este momento se había dado cuenta de lo poco que afectaba a Germán el paso del tiempo. Si volviera a afeitarse la barba y a adoptar su antiguo peinado, nadie hubiera podido decir que no era el mismo de hacía diez años. Por fin comprendió que el motivo que la había impulsado inconscientemente a tomar la fotografía era el asunto del guante.

Durante los tres meses escasos que duró su noviazgo, Germán había mantenido su mano derecha enfundada en un guante de cuero. Una afección de la piel, según confesión propia, le forzaba a mantener aquella parte alejada de la luz y del contacto con el aire hasta que el proceso de curación llegara a término. Ni siquiera en los momentos de mayor intimidad se despojó de aquel guante. Próxima ya la fecha de la boda, apareció un día con la mano simplemente vendada, y poco a poco, el tamaño del apósito fue disminuyendo hasta convertirse en una sencilla tirita. Cuando, finalmente, la mano quedó libre, Paula no pudo percibir el menor rastro de la afección que había determinado el ocultamiento de aquel miembro. En la fotografía aquella, Germán sonreía a la cámara y su mano enguantada rodeaba un hombro de Paula.

De pronto se dio cuenta de que la música había cesado, la radio permanecía muda, y tan sólo un leve zumbido procedente de la red de alimentación inundaba el ambiente. Tuvo la impresión de qe algo terrible iba a acontecer, y cuando alguien parecía disponerse a hablar, se abalanzó sobre el aparato de radio y lo desconectó de una manotazo. Las luces parpadearon un instante amenazando con un apagón, pero en seguida, se restableció el nivel habitual de fluido. Una vibración subió desde el sótano a través de las tuberías de la calefacción de la misma forma que el aire comprimido circula por los tubos de un órgano, e inmediatamente una voz jadeante se dejó oír procedente de lugares subterráneos: «Somos nosotros, somos nosotros», repetía con la ausencia de inflexiones característica de un ingenio electrónico.

Refugiándose en una rincón de la habitación, se tapó los oídos con las manos y cerró los ojos fuertemente. Cuando al cabo de unos instantes se decidió a escuchar de nuevo, no oyó más que unos chasquidos perfectamente explicables a causa del paulatino enfriamiento de los radiadores.

Al fin de distraerse y olvidar aquella obsesión, se puso a contemplar la película de la televisión, pero su pensamiento se alejó rápidamente de las imágenes y volvió a concentrarse en la mano enguantada. Cada cierto período de tiempo el mal parecía recrudecerse, y Germán se vendaba la mando cuidadosamente permaneciendo dos o tres días en aquel estado. Paula cayó en la cuenta de que aquellas recaídas, a las que ella no atribuyera importancia alguna, se habían producido casi siempre a finales de octubre y solían coincidir con ausencias de dos o tres días debidas a obligados viajes de negocios de su marido.

Procuró concentrarse de nuevo en la película policíaca. Dos hombres descendían de un coche y se aproximaban a un chalet rodeado por un pequeño jardín. Cuando uno de ellos pulsó el timbre de la puerta, Paula se sintió confusa al creer que, simultáneamente, había sonado el de su propia casa. Entonces se dio cuenta de que el chalet que aparecía en la pantalla era su vivienda, y los dos hombre de la película eran los mismos que habían llamado a su puerta la noche anterior. Uno de ellos pasó a primer plano, y ya se entreabrían sus labios para decir algo, cuando Paula cortó el sonido. Sus ojos, no obstante, no pudieron despegarse de la pantalla y muy a su pesar leyó en los movimientos de la boca del desconocido: «Somos nosotros.»

Se acercó de puntillas al vestíbulo, y descorriendo lentamente la mirilla vio unos ojos fijos en los suyos. Un momento antes de desconectar el televisor pudo comprobar que la pareja se alejaba unos metros y permanecía en plan de espera indefinida. La salida estaba bloqueada y lo único que la tranquilizaba era saber que las ventanas estaban sólidamente enrejadas y la puerta era prácticamente inexpugnable.

Se le pasó por la imaginación llamar a la policía, pero prefirió consultar antes con Germán. Cuando sus dedos se disponían a formar el número, supo que era inútil marcar. La opaca e inhumana voz chocó contra sus tímpanos y colgó apresuradamente antes de oír el consabido mensaje.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Qué pretendían aquellos hombres que parecían presentarse como antiguos conocidos? ¿Estaba comenzando a volverse loca, o era cierto que su presencia se hacía sentir a través de los objetos de uso cotidiano? ¿Acaso buscaban a los anteriores propietarios de la casa? Pero algo en la actitud de Germán le decía que él sí sabía quiénes eran.

Pensó que lo mejor sería acostarse tras haber ingerido un somnífero que la hiciera dormir profundamente y por la mañana tomaría una determinación. Sumergida ya en las brumas del sueño artificial una pequeña luz permanecía encendida en el fondo de su mente, una señal inconsciente de alarma que le impedía alejarse por completo de la vigilia. De pronto se oyó un fuerte golpe que la desveló, e incorporándose con dificultad en el lecho exclamó en voz alta: «¡La chimenea!».

El único lugar de acceso no protegido era aquella salida de humos. Cuando mandaron construir el acogedor hogar en el salón consideraron que la embocadura era tan estrecha que en ningún caso permitiría ni siquiera el paso de un niño, cuanto menos de un hombre.

Luchando entre el sopor producido por el somnífero y el deseo de saber qué había producido aquel golpe, se mantuvo unos minutos erguida sobre los codos, y realizando un supremo esfuerzo salió tambaleándose camino de la sala de estar. Al aproximarse a la chimenea le pareció que algo brillaba entre la leña quemada, quizás un resto de brasa, pero al acercarse más su cuerpo fue sacudido por un temblor: entre los residuos de la madera calcinada había una mano, y en el centro de su palma una luz brillaba con cruel intensidad. De pronto algo descendió rozando las paredes de las salidas de humos y fue a caer aparatosamente levantando una nube de cenizas, que, cuando se aquietaron, permitieron a Paula contemplar que lo que se había precipitado desde el tejado era un brazo humano. A continuación y como en una increíble pesadilla, aquel brazo comenzó a reptar y, aproximándose a la mano, se unió a ella de forma sólida. Un instante después una cabeza rebotó contra el hogar. Unos ojos muy abiertos se fijaron en los de Paula, una boca comenzó a abrirse para emitir unas palabras que ni el alarido de la mujer consiguió ahogar: «Somos nosotros», salió de aquellos labios, y a continuación la cabeza se aproximó a la parte superior del brazo.

Antes de que el siguiente fragmento se precipitara chimenea abajo, Paula huyó aterrorizada y se encerró en su dormitorio echando llave con mano convulsa. Su mente, obnubilada por el narcótico, luchaba por despertar por completo. Intentó correr una cómoda para situarla tras la puerta, pero sus fuerzas no fueron suficientes y tuvo que renunciar.

Arrebujada entre las mantas fue oyendo sucesivos golpes en la chimenea hasta que un prolongado silencio le hizo entender que aquel hórrido desprendimiento había llegado a su fin. El somnífero continuaba produciendo su efecto, y los ojos de Paula

iban cerrándose muy a su pesar. Entre brumas vio la figura de su esposo antes de que se casara con ella. Su mano enguantada se destacaba como algo inmenso y obsesivo, y en la pesadilla originada por el fármaco que había ingerido, creyó ver que el cuerpo de Germán se iba descuartizando y recomponiéndose en otro lugar.

Un soplo helado sobre su rostro la despertó. El reloj señalaba las cuatro y veinte. Miró hacia la ventana, que se encontraba cerrada, e incrustado contra la negrura del cielo vio un luminoso astro, que atravesaba el espacio con gran lentitud. Su brillo era frío, y su luz no parpadeaba como la de las demás estrellas. Unos rasguños la devolvieron a la terrible realidad. Alguien arañaba la madera de la puerta. «Somos nosotros», murmuró una voz y por primera vez desde que comenzaron aquellos extraños acontecimientos, añadió:«Tienes que regresar».

–¡Váyanse! –gritó Paula con voz histérica.

El timbre del teléfono situado sobre la mesilla de noche resonó estremeciéndola, y sin pensar en lo que podía surgir a través del micrófono, lo tomó precipitadamente.

–¡Socorro! –exclamó–. ¡Estoy en peligro!

–¿Paula?

–¡Germán! ¡Ayúdame, te lo ruego! ¡Regresa!

–¡Cálmate, querida –la voz de Germán era extremadamente tranquila–. No hay nada que temer.

–¡Van a entrar! ¡Están ahí afuera! –gritó ella fuera de sí.

–Yo te diré lo que tienes que hacer para protegerte.

–¡Ven, por favor!

–Abre el cajón de mi mesilla –pidió Germán con calma. La luminosa estrella proseguía su camino a través de la ventana–. Encontrarás un guante que yo me pongo cuando mi mano se encuentra bien. Póntelo.

–Pero, ¿qué puede importar...?

–Te ruego que sigas mis consejos.

Paula rebuscó en el cajón hasta que dio con el guante, calzándoselo acto seguido.

–Ahí no, en la mano derecha –pidió Germán. Paula obedeció automáticamente, sin preguntarse nada.

–¿Qué hago ahora? –inquirió ella aterrada.

–Permanece tranquila donde estás. Ahora tengo que despedirme. Te deseo que tengas un buen viaje.

–¡Germán! ¡En cuanto me vean moriré de terror!

–No te inquietes, querida –repuso Germán pausadamente–. Son ciegos. Tan sólo verán tu mano derecha, y esto será suficiente.

Acto seguido se cortó la comunicación y Paula, al sentir un fuerte escozor en la palma, se despojó del guante. En el centro de su mano brillaba una fría luz que hirió ingratamente sus ojos. Rozó con sus dedos la piel, pero resultó inútil. La estrella de su mano lucía con el mismo esplendor que la que , en el espacio, estaba ya alcanzando el marco metálico de la ventana.

La luz que entraba por la ranura bajo la puerta se interrumpía de vez en cuando. El picaporte giró repetidas veces, pero la cerradura era sólida y no cedió. Luego hubo un largo silencio. Paula sumergió su mano en el lavabo y se la restregó con una esponja vegetal hasta que la piel llegó a escocerle. Cerró el puño con fuerza , pero, incluso a través de las rendijas dejadas por los dedos, era visible el frío resplandor de aquella cosa. Por un momento pasó por su imaginación una idea terrible, pero entonces el caudal de agua disminuyó sensiblemente y unos jadeos provenientes del grifo inundaron el cuarto de baño.

Envuelta en las mantas escuchó atentamente. En el pasillo no parecía haber ya nadie, o por lo menos hasta el dormitorio no llegaba ningún sonido. No obstante, Paula presentía que los desconocidos se hallaban más cerca de ella. De pronto algo comenzó a resbalar por la ranura bajo la puerta, una especie de fluido viscoso y de aspecto sanguinolento que fue extendiéndose por el piso y se concentró en uno de los rincones de la habitación hasta constituir un gran charco de sangre. Después, nuevas oleadas de materia se deslizaron por aquel mismo lugar, y mezclándose con la sangre formaron una masa que comenzó a tomar forma y a crecer a medida que aumentaba la afluencia de aquella sustancia. Poco a poco, ante los horrorizados ojos de Paula, fue moldeándose el cuerpo de uno de aquellos hombre desconocidos, y cuando se hallaba todavía borroso e informe, nuevas oleadas de materia orgánica fueron deslizándose hacia un lugar próximo a donde se estaba obrando aquel monstruoso prodigio.

Paula, ocultando su mano derecha en las profundidades del lecho, asistía atónita a aquel fenómeno incapaz de mover un solo músculo. Pero antes de que la reconstrucción de los cuerpos llegara a término, se produjo un receso y una vuelta atrás. De nuevo fueron desdibujándose las formas, y tras unos instantes de reposo, el proceso recomenzó por una vía distinta. Los tejidos, los huesos y los distintos órganos se agruparon de forma diferente, surgieron nuevos y horrendos perfiles, y al cabo de un tiempo que a Paula le pareció interminable, dos espantosos monstruos ciegos se tambaleaban ante su cama. «Somos nosotros», babeaban unas increíbles bocas; «tienes que regresar». La luminosa estrella parecía detenida en el cielo nocturno.

Paula se levantó de un salto cuando aquellas cosas comenzaron a aproximarse a su cama. Las deformes cabezas parecían carecer de órganos de la visión, y ocultando su mano derecha detrás de la espalda, avanzó pegada a la pared con intención de alcanzar la puerta, pero la luz de su mano se hizo tan fúlgida que aquellos dos seres, atraídos sin duda por la hiriente luminosidad que de algún modo percibían, avanzaron vacilantes en pos de Paula, la cual, descorriendo la cerradura, se precipitó fuera de la habitación y corrió pasillo adelante hasta que se detuvo al ver una tambaleante masa ocultando la puerta de calle.

Corrió por toda la casa como una exhalación y penetrando en la cocina, abrió uno de los armarios donde guardaba la cubertería. Tomando con mano temblorosa el gran machete de cortar carne lo dejó caer con todas sus fuerzas sobre su muñeca desnuda. Se oyó un grito espantoso y la mano derecha de Paula rodó seccionada hasta un rincón de la habitación, mientras ella se desplomaba exánime.

Cuando se oyeron en el pasillo grandes zancadas que se acercaban a la cocina, la mano derecha, en cuya palma continuaba luciendo la singular estrella, se puso en movimiento, y caminando con ayuda de sus dedos, se aproximó al brazo del que había sido seccionada y volvió a unirse sólidamente a él.

Al volver en sí Paula se sintió sujeta por unos miembros viscosos que la arrastraban hacia el exterior de la casa. Aunque hubiera deseado gritar, no podía hacerlo; el terror que la embargaba era de tal naturaleza que su garganta estaba atenazada por una garra helada. Los nauseabundos seres la arrastraron sin compasión hacia la parte trasera de la casa, y una vez allí, levantando sus deformes cabezas hacia la estrella más brillante, permanecieron inmóviles hasta que los tres cuerpos se fueron deshaciendo lentamente para volver a reconstituirse en un lugar muy lejano.

* * *

Sobre las ocho de la mañana Germán volvió a casa. Ordenó la ropa de la cama, limpió el machete de cortar carne y tomó una ducha. Después, situándose delante del espejo, fue recortándose la barba hasta que su rostro quedó completamente libre de vello. A continuación se peinó con raya de lado izquierdo y, lanzando una última ojeada a su imagen, sonrió al encontrarla de su agrado.

Una vez en el dormitorio se cercioró de que su guante se hallaba de nuevo en el cajón de la mesilla, y mientras lo acariciaba de manera mecánica, se sintió satisfecho por haber escapado una vez más al regreso. Necesitaba encontrar a alguien que se mantuviera cerca de él. Por lo menos hasta el octubre del próximo año.